

— Adiós, caballero, dijo severamente Salvador, y para que mi visita no sea del todo inútil, evitad, si me creéis, el destrozar el corazón de una joven. No todas tienen la angelical resignación de Carmelita.

Y habiendo saludado Camilo, Salvador se retiró, dejando al joven americano un poco turbado por la escena que acababa de tener lugar.

### CAPÍTULO XXIII.

MR. MONTAUSIER Y MR. TARTUFFE.

Los arzobispos son mortales, y nadie se atreverá á contradecir esta opinión. En todo caso, no hacemos más que emitir la idea que había agitado impetuosamente á monseñor Coletti el día en que supo por Mr. Rappt la noticia de la peligrosa enfermedad del arzobispo de París, Mr. de Quelen.

Apenas Mr. Rappt partió, cuando monseñor Coletti mandó enganchar su carruaje y se hizo conducir á casa del médico del arzobispo. El médico confirmó el dicho de Mr. Rappt, y monseñor Coletti volvió á su hotel con el corazón lleno de una inexplicable felicidad.

En el mismo instante formuló el pensamiento de que todos los arzobispos eran mortales, pensamiento que expresado por La Palice hubiese ocasionado el regocijo de alguno; pero que en boca de monseñor Coletti adquiría la importancia poco jocosa de un decreto de muerte.

Durante los tumultos en que siguieron las elecciones, monseñor Coletti no faltó de llegar él mismo ó mandar al

palacio arzobispal á tomar noticias de la salud del prelado por lo menos tres veces por semana.

La fiebre se hacía más intensa de día en día, y las esperanzas de monseñor Coletti crecían en razón directa de la fiebre de monseñor de Quelen.

La enfermedad llegó hasta el día en que para recompensar á Mr. Rappt de sus dragonadas (1) por las calles de París, el rey había nombrado al marido de Regina mariscal de campo.

Monseñor Coletti se hizo conducir á casa de Mr. Rappt, y con pretexto de felicitarle, le preguntó si había recibido noticias de Roma relativas á su nombramiento.

El Pontífice no había contestado aún.

Transcurrieron algunos días, y una mañana, entrando en las Tullerías monseñor Coletti, distinguió con gran admiración el carruaje del arzobispo que entraba en el zaguán del palacio al mismo tiempo que el suyo.

Bajó rápidamente el cristal, y sacando la cabeza por la ventanilla miró desde lejos el carruaje del arzobispo para asegurarse de que no había sido una ilusión.

Por su parte monseñor de Quelen, que había reconocido también el carruaje de monseñor Coletti, tuvo la misma idea, y al sacar la cabeza por la portezuela advirtió al obispo en el momento que le reconocía.

La vista de monseñor Coletti no pareció alterar á monseñor de Quelen, pero la de monseñor de Quelen en buen estado de salud pareció contristar profundamente á monseñor Coletti.

(1) En tiempo de Luis XIV se empleó á los dragones en la persecución de los protestantes, desde cuya época se introdujo en Francia este calificativo.  
(N. del T.)

Así lo había querido el destino : *Sic fata voluerunt.*

El arzobispo, trasladándose á las Tullerías, se dejaba llevar por el vértigo de una ilusión ambiciosa ; era un arzobispo echado al agua, ó á lo más un prometido para el día del juicio.

Los dos prelados se acercaron, y después de haberse preguntado recíprocamente sus noticias, subieron la escalera que conducía al departamento del rey.

La entrevista fué corta, al menos por parte de monseñor Coletti, quien al mirar los destellos de una buena salud en las mejillas y los ojos del arzobispo, saludó al rey con pretexto de que pudiese conferenciar con monseñor de Quelen y mandó que le condujesen al galope á casa del conde Rappt.

Por disimulado que fuese el nuevo par de Francia, no pudo contenerse y demostrar el profundo enojo que le causaba la visita de monseñor Coletti. Éste advirtió el fruncimiento de cejas del conde, pero no descubrió si lo tomaba por lo serio, ni admirarse de ello. Saludó respetuosamente al conde, quien se esforzó también por volverle un saludo en la misma forma.

Una vez sentados, el obispo pareció se ensimismaba y que meditaba las palabras que iba á pronunciar, Mr. Rappt, por su parte, guardaba profundo silencio ; así es que se hallaban reunidos hacia algún tiempo, y aun no habían cambiado ni una sola palabra hasta que el secretario de Mr. Rappt entró en la habitación trayendo en la mano una carta que entregó al conde, y después se retiró.

— Hé aquí una carta que no podía llegar más á tiempo, dijo el par de Francia, mostrando al obispo el timbre y el sobre.

— Es una carta de Roma, dijo sonriendo de placer

monseñor Coletti, cuyos ojos parecían querer devorar la carta.

— En efecto, monseñor, es una carta de Roma, contestó el conde, y á juzgar por el sello, añadió volviendo el sobre, es una carta de nuestro Santo Padre.

El obispo se persignó, y Mr. Rappt se sonrió imperceptiblemente.

— ¿ Me permitis abrir la carta de nuestro Santo Padre ? preguntó éste.

— Podéis hacerlo, señor conde, se apresuró á contestar el obispo.

Mr. Rappt abrió la carta y la leyó rápidamente con la vista, mientras que monseñor Coletti, fijando sobre la santa misiva una ardiente mirada, estaba sufriendo la febril perplejidad de los condenados cuando escuchan la lectura de su sentencia.

Sea que la carta fuese larga y difícil de comprender, sea que el par de Francia tuviese el malvado placer de prolongar la emoción del obispo, Mr. Rappt permaneció por tanto tiempo absorto en su lectura, que monseñor Coletti creyó en su derecho hacerle alguna observación.

— ¿ La letra de Su Santidad es muy difícil de leer ? dijo por entrar en materia.

— Os aseguro que no, respondió el conde Rappt presentándole la carta ; leed vos mismo.

El obispo la tomó con avidez, y la leyó toda entera con una sola mirada. Era corta, y por lo tanto expresiva. Era una negativa clara, terminante, sencilla y positiva de hacer cualquier cosa que fuese por un hombre cuyo comportamiento pedía á grandes gritos la severidad de la corte romana.

Monseñor Coletti palideció y volviendo la carta al conde :

— Señor conde, dijo, aunque sea demasiado pedir, reclamo vuestro apoyo en este desgraciado trance.

— No os comprendo, monseñor.

— Se me ha vendido visiblemente.

— Es muy probable.

— Se me ha calumniado.

— Tal vez.

— Alguno ha abusado de la influencia que tuviese con Su Santidad para malquistarme en su ánimo.

— También creo lo mismo.

— Pues bien, señor conde, tengo el honor de rogaros que uséis de toda vuestra influencia, que es sin límites, para volverme otra vez á su gracia.

— Es imposible, dijo terminantemente el par de Francia.

— Nada hay imposible para un hombre de vuestro talento, señor conde, objetó el obispo.

— Un hombre de mi talento, monseñor, no se indispone jamás, suceda lo que quiera, con la corte de Roma.

— ¿Ni por un amigo?

— Ni por un amigo.

— ¿Ni por salvar á un inocente?

— La inocencia lleva en sí misma su salvación, monseñor.

— Según eso, dijo el obispo levantándose y mirando al conde de un modo rencoroso, ¿pretendéis sostener que no podéis hacer nada respecto de mí?

— Yo no pretendo, monseñor, lo aseguro.

— En una palabra, ¿rechazáis abiertamente interesaros por mí?

— Justamente, monseñor.

— Según eso, ¿guerra es lo que deseáis?

— Ni la deseo, ni la rehuso, monseñor, yo la acepto y espero únicamente.

— Pues hasta luego, señor conde, dijo el obispo alejándose bruscamente.

— Hasta cuando gustéis, monseñor, respondió el conde con sonrisa.

— Tú lo has querido, murmuró sordamente el obispo mirando con ojo amenazador el pabellón del conde, y salió lleno de hiel y de rencor recorriendo en su cerebro mil proyectos de venganza contra su enemigo.

Al llegar á su casa, ya tenía adoptada una determinación para vengarse. Se dirigió á su despacho, y tomó de uno de los cajones de la mesa un papel que desdobló con rapidez.

Era la promesa que le había hecho el conde Rappt algunas horas antes de la elección, de nombrarle arzobispo si llegaba á ser ministro.

Monseñor Coletti se sonrió con cierto aire sarcástico al mismo tiempo que leía. Si Goethe le hubiese visto sonreír de aquel modo, hubiese reconocido en él la encarnación de su Mefistófeles: Volvió á doblar la carta y guardándola en su bolsillo, bajó rápidamente la escalera, subió al carruaje y se hizo conducir al ministerio de la Guerra, donde preguntó por el mariscal de Lamothe-Houdón.

Después de algunos instantes, el portero le anunció que el mariscal le esperaba.

El mariscal de Lamothe-Houdón no era, sin que esto fuese una falta, un diplomático tan consumado como su yerno y mucho menos un hipócrita del temple de monseñor Coletti, pero tenía una cualidad que suplía á la hipocresía y á la astucia. Su habilidad consistía en su franqueza, y su fuerza estaba en su rectitud. No conocía al

obispo más que como el confesor y director espiritual de su mujer; pero en cuanto á sus manejos político-religiosos y sus trabajos subterráneos, y acciones escandalosas públicamente conocidas, estaba completamente ignorante, pues tal era su lealtad y tan dispuesto se encontraba para el bien, que su oído se hallaba herméticamente cerrado para el mal.

Recibió por consiguiente al obispo como un sacerdote en quien se encontraba encerrado el precioso depósito de la conciencia de su mujer; le saludó respetuosamente, y aproximándole un sillón, le indicó que se sentase.

— Perdonadme, señor mariscal, dijo el obispo, de venir á distraeros de vuestros importantes trabajos.

— Tengo muy pocas veces ocasión de veros, monseñor, respondió el mariscal, y debo aceptar con satisfacción los momentos en que os presentáis. ¿Á qué feliz casualidad debo el honor de vuestra visita?

— Señor mariscal, dijo el obispo, yo soy un hombre de bien.

— No lo dudo, monseñor.

— Nunca he causado mal, y ni quisiera tampoco hacerle á nadie.

— Estoy seguro de ello.

— Todos mis actos pueden responder de la pureza de mi vida.

— Sois el confesor de mi mujer, monseñor, y hasta con esto.

— Pues bien, precisamente por eso, señor mariscal, precisamente por ser el confesor de la señora de Lamotte-Houdón, es por lo que tengo el honor de pedirlos que me consagráis unos momentos.

— Ya os escucho, monseñor.

— ¿Qué diríais, señor mariscal, si os dijese de repente que el confesor de vuestra esposa era un hombre embustero y falso, sin honor y sin vergüenza, un desalmado rodeado de las más terribles iniquidades?

— No os comprendo, monseñor.

— ¿Qué diríais si el que os habla fuese el pecador más perverso, el más desvergonzado de toda la cristiandad?

— Yo le diría, monseñor, que su sitio no era el que ocupaba al lado de mi mujer, y si insistía, le arrojaría por la puerta á empellones.

— Pues bien, señor mariscal, la persona de quien os hablo no es un desalmado, pero se le acusa de serlo, y á vos, en quien la lealtad y el honor se encuentran personificados, es á quien vengo á pedir justicia.

— Ya os comprendo; sin duda sois acusado de alguna falta, y vos os dirigís á mi para obtener reparación de vuestra injuria. Desgraciadamente, monseñor, y lo siento infinito, no puedo hacer nada. Si vos fuérais militar, sería diferente, pero sois eclesiástico, y al ministro de Cultos es á quien debéis dirigiros.

— No me comprendéis sin duda, señor mariscal.

— Entonces, explicaos más claramente.

— He sido acusado, calumniado ante el Santo Padre por un individuo de vuestra familia.

— ¿Por quién?

— Por vuestro yerno.

— ¿Por el conde Rappt?

— Sí, señor mariscal.

— ¿Pero qué relación puede haber entre el conde Rappt y vos, y qué motivo puede haber tenido para calumniaros?

— Ya conocéis, señor mariscal, la influencia del clero sobre los vecinos de las aldeas.

— ¡ Si ! contestó el mariscal con un tono como si quisiera decir : ¡ por desgracia lo conozco demasiado !

— En el momento de las elecciones, prosiguió el obispo, el clero ha hecho uso de todo el crédito que le concede la confianza pública para hacer llegar á la Cámara á los candidatos de S. M. Uno de los individuos del clero, á quien una vida irreprochable más que su verdadero mérito ha dado una vasta influencia en las elecciones de París, soy yo, vuestro humilde y respetuoso servidor.

— Pero no encuentro, interrumpió el mariscal, que comenzaba á inquietarse, qué enlace puede haber entre las calumnias de qué sois objeto y las elecciones de mi yerno.

— Un enlace íntimo, directo, señor mariscal, y tanto es así, que la antevíspera de las elecciones, el señor conde Rappt vino á buscarme y á ofrecerme, si yo conseguía que se le nombrase, el hacerme arzobispo de París, en caso de que la enfermedad de monseñor el arzobispo actual le ocasionase la muerte, ó darme otro arzobispado vacante, si monseñor no fallecía.

— ¡ Qué infamia ! dijo el mariscal con un tono de disgusto, hé aquí una villana proposición, un tráfico innoble.

— Eso mismo he pensado yo, señor mariscal, se apresuró á decir el obispo, y así me permití el quejarme severamente al señor conde.

— Habéis hecho bien, añadió el mariscal.

— Pero el señor conde insistió, prosiguió el obispo ; me manifestó, y no sin falta de razón, que los honores de un talento y de una abnegación tan experimentados como los suyos eran muy raros. Que S. M. tenía numerosos y fuertes enemigos que combatir : y continuó modestamente monseñor Coletti, y que al ofrecerme un arzobispado, me dijo, no tenía otro objeto que colocarme en situación de robustecer

el espíritu religioso que de día en día se debilitaba. Estas son sus propias palabras, señor mariscal.

— ¿ Y qué ha resultado de tan falsa proposición ?

— Y bien falsa, señor mariscal, pero más falsa aún por la forma que por el fondo ; porque ¡ ay ! no es sino muy cierto que la hidra de la libertad vuelve á levantar su cabeza, y si no nos ponemos en guardia antes de un año, no sé qué será de la conciencia de la humanidad ; y hé aquí desde qué punto de vista yo me obligué á que aceptaría la oferta que me hacía el conde.

— Sin rodeos, dijo severamente el mariscal, os comprendo perfectamente ; mi yerno se ha comprometido á que se os nombre arzobispo, y vos os habéis obligado á que se le eligiese diputado : ¿ no es esto ?

— Por alabanza del cielo y en interés del Estado ; sí, señor mariscal.

— Pues bien, señor prelado, dijo severamente el mariscal : cuando entrasteis en mi habitación, ya sabía lo que tenía que pensar de la moralidad del conde Rappt.

— No lo dudo, interrumpió el obispo.

— Cuando vos salgáis de aquí, continuó el mariscal, sabré también á qué atenerme sobre vuestra conducta.

— ¡ Señor mariscal ! exclamó violentamente monseñor Coletti.

— ¿ Qué os sucede ? preguntó con aire altivo el mariscal.

— Dispense V. E. mi admiración ; pero yo no esperaba, lo confieso, cuando entre aquí, que llegase el caso de lo que tiene que suceder.

— ¿ Qué tiene que suceder, señor prelado ?

— Vuestra excelencia lo sabe tan bien como yo : si V. E. no emplea toda su influencia para volverme á la

gracia del Santo Padre, en cuyo ánimo he perdido la confianza por el señor conde Rappt, me veré obligado á entregar al público las pruebas escritas de la falsedad del señor conde, y no creo que el señor mariscal se alegraría mucho de ver su noble apellido envuelto en tan desagradables debates.

— Explicaos más claramente si os agrada.

— Tomad, dijo el obispo sacando de su bolsillo la carta de Mr. Rappt y presentándosela al mariscal.

La fisonomía del mariscal se enrojeció á la lectura de aquella carta.

— Tomad, dijo, devolviéndola con disgusto. Comprendo todo lo que se ha hecho, y veo lo que habéis venido á pedirme.

Después volviéndose, tocó la campanilla.

— Salid, dijo, y dad gracias á Dios del traje que os cubre y del lugar en que nos encontramos.

— ¡ Señor mariscal ! exclamó el obispo furioso.

— Silencio, contestó aquél imperiosamente, y escuchad un buen consejo, con objeto de que en todo lo hecho no se haya perdido completamente el tiempo. No dirijáis más á la señora mariscala, ó en otros términos, no volváis á pisar la casa de Lamothe-Houdón, porque podríais encontrar en ella, no una desgracia, pero si vergüenza.

Monseñor Coletti iba á replicar ; su mirada era de fuego ; sus mejillas estaban inflamadas, y pensaba lanzar sobre el mariscal sus más terribles rayos cuando el ujier entró.

— Dirigid á monseñor, dijo el mariscal.

— Tú serás quien lo has querido, murmuró también monseñor Coletti al salir de casa del mariscal Lamothe-Houdón, lo mismo que lo había hecho al separarse de casa del conde Rappt. La única diferencia que había, era que

su sonrisa aun se presentaba más rencorosa en aquella tarde que lo había sido por la mañana.

— Á casa de Mad. de la Tournelle, gritó á su cochero.

Transecurrido un cuarto de hora, se hallaba instalado en el gabinete de la marquesa, quien estando ausente desde hacia dos horas, debía volver pasados algunos instantes.

Este era precisamente el tiempo que necesitaba para combinar su plan de batalla. Jamás ningún conquistador ha estudiado con más detenimiento y cálculo la toma de una plaza. El resultado era tanto más seguro, cuanto más difícil era el ataque. ¿ Por qué lado convendría emprender el sitio ? ¿ De qué fuerzas sería necesario valerse ? Contar á la marquesa la escena que acababa de pasar con el conde Rappt, era imposible ; entre el conde y él, la marquesa no dudaría. El obispo conocía perfectamente su ambición tanto como su devoción, y ésta le parecía algo menor que aquella.

Tampoco podía contar su entrevista con el mariscal de Lamothe-Houdón, porque sería ponerse en oposición con el hombre más poderoso de toda su familia, y sin embargo, era preciso dar principio á la obra lo más pronto posible. La ambición puede esperar, la venganza jamás, y el corazón del prelado estaba deseando vengarse.

No había concluido aún sus meditaciones cuando la marquesa entró.

— No esperaba, monseñor, dijo la marquesa al entrar, tener la felicidad de veros hoy. ¿ Qué motivo me proporciona la dicha de vuestra visita ?

— Es casi una visita de despedida, marquesa, respondió monseñor Coletti, levantándose y besando con más ternura que respeto la mano de la devota.

— ¿ Cómo es eso ? ; una visita de despedida ! exclamó la

marquesa, en quien produjeron estas palabras el mismo efecto que si se la hubiese anunciado el fin del mundo.

— ¡ Ah ! sí, marquesa, dijo melancólicamente el obispo, parto, ó por lo menos debo partir.

— ¿ Por largo tiempo ? preguntó con interés Mad. de la Tournelle.

— ¿ Quién puede saberlo, querida marquesa ? Quizá para siempre. ¿ Se sabe nunca el momento de la vuelta ?

— Pero vos no me habíais hablado hasta ahora de esa marcha.

— Porque os conozco, mi querida marquesa, conozco toda la bondadosa ternura que me dispensáis, y me ha parecido que callar esta partida hasta el último momento era abreviar su rigor. Si me he engañado, dispensad mi equivocación.

— ¿ Y cuál es la causa de vuestra marcha ? preguntó encendiéndose Mad. de la Tournelle. ¿Cuál es el objeto ?

— ¿ La causa ? es el amor del prójimo ; ¿ el objeto ? es el triunfo de la fe.

— ¿ Habláis de alguna misión ?

— Sí, marquesa.

— ¿ Muy lejos ?

— Á la China.

La marquesa lanzó un grito de terror.

— Tenéis razón, continuó tristemente, quizá partiréis para siempre.

— Es preciso, marquesa, exclamó el obispo con cierta solemnidad enfática.

— ¡ Ay ! suspiró la marquesa.

— No me quitéis el valor, querida marquesa, dijo el obispo fingiendo una profunda emoción. Mi corazón está

demasiado dispuesto á la debilidad al reflexionar que deo fieles como vos.

— ¿ Y cuándo partís, monseñor ? preguntó Mad. de la Tournelle dominada por una extraordinaria agitación.

— Tal vez mañana, y de todos modos pasado mañana. Mi visita es, por consiguiente, según he tenido el honor de manifestaros, casi una visita de despedida. He dicho casi, porque tengo una comisión que confiaros y no marcharé con el corazón tranquilo sino después de que esté cumplida.

— ¿ Qué queréis decir, monseñor ? Vos sabéis que no tenéis una sierva más humilde y más adicta que yo.

— Lo sé, marquesa, y os lo pruebo al confiaros una empresa de la más alta importancia

— Hablad, monseñor.

— En el momento de partir, he debido ocuparme del cuidado de las almas que Dios se había dignado confiar á mi dirección.

— ¡ Ah ! murmuró la marquesa.

— No porque falten personas honradas que dirijan mis ovejas, continuó el obispo ; pero hay ciertas almas que debiendo observar tal ó cual regla de conducta indicada por mí, como un medio de futura felicidad, van á desconcertarse, á turbarse y á inquietarse por la ausencia de su pastor ordinario ; entre todas estas fieles, yo he pensado naturalmente en la más fiel de todas, he pensado en vos, marquesa.

— No esperaba menos de vuestra caridad y de vuestros cuidados, monseñor.

— He procurado con ahinco buscar quién pudiera reemplazarme, y he fijado mi atención en un hombre que os es suficientemente conocido. Si mi elección es de vuestro

agrado no tenéis más que hablar, marquesa. Mi recomendado es un sujeto piadoso, muy hombre de bien; en una palabra, el abate Bouquemont.

— Vuestra elección me parece la más á propósito, monseñor; porque el abate Bouquemont es, después de vos, el hombre más virtuoso que he conocido.

Este cumplimiento no satisfizo sino á medias á monseñor Coletti, quien no reconocía rivales en virtud; después continuó:

— Según eso, marquesa, ¿os agrada el abate Bouquemont como director?

— De todo corazón, monseñor, y os doy gracias sinceramente por haber asegurado con tanto discernimiento la suerte de vuestra humilde servidora.

— Hay no obstante otra persona, marquesa, á quien sin duda no agrada tanto mi elección.

— ¿De quién habláis?

— De la condesa Rappt. Su fe la he encontrado algo debilitada, poco excitada desde hace algunas semanas. Esa joven toca con la sonrisa en los labios al borde de los profundos abismos. ¡Sabe Dios quién podrá salvarla!

— Yo procuraré conseguirlo, monseñor, aunque á decir verdad dudo del resultado. Es un alma endurecida, y solamente un milagro podrá salvarla; pero haré uso de toda mi influencia, y si no rehúso el emprender este proyecto, no es más que porque el no hacerlo sería una falta de abnegación por nuestro santo dogma.

— Conozco vuestra piedad y vuestro celo, marquesa, y si os llamo la atención sobre el peligroso estado de esa alma, es porque comprendo vuestra adhesión á nuestra santa madre Iglesia; pero aun voy á daros una ocasión de añadir otra nueva prueba de vuestro celo, encargándoos de

una comisión delicada y de la más alta importancia. En cuanto á la condesa Rappt, dirigios á convencerla de la manera que vuestro corazón os dicte, y si nada conseguís, que Dios perdone á esa pecadora. Pero hay otra persona con la que vos gozáis de gran favor, y respecto á ella es sobre quien os encomiendo el cuidado más activo.

— ¿Habláis de la princesa Rina Tehouwadiesky, monseñor?

— En efecto, de la mariscala Lamothe-Houdón es de quien deseo hablaros. Hace dos días que no la he visto; pero cuando la vi, la encontré tan pálida, tan débil, tan apagada, que ó yo me engaño mucho, ó aquel cuerpo está mortalmente herido, y antes de pocos días su alma se remontará al lado de Dios.

— La princesa está muy enferma, monseñor, conforme decís; pero no quiere recibir á ningún médico.

— Lo sé; por eso puedo decir sin temor de engañarme que dentro de poco tiempo la princesa se despojará de su cárcel perecedera. Pero el estado de su alma es el que me inquieta espantosamente, ¿y á quién confiarla en este momento supremo? Excepto vos todo cuanto la rodea deshace cuanto tenemos adelantado para su salvación. Como carece de resistencia, de voluntad, de fuerza propia, van á echarse todos sobre ella, y quién sabe lo que los embaucadores harán de esa pobre criatura.

— Ninguno ejerce autoridad sobre Mad. de Lamothe-Houdón, su indolencia y su debilidad son una garantía á su salvación. Se la hará decir y hacer cuanto se quiera.

— Vos, marquesa, tal vez. Yo también quizá lo hubiera conseguido; pero por lo mismo que hará y dirá todo cuanto se quiera que haga ó diga, hará todo lo malo si se la aconseja que lo haga.



— ¿Quién tendría semejante audacia, ó más bien semejante cobardía? preguntó la marquesa.

— El que ejerce mayor poder sobre su espíritu, porque ante él su conciencia se altera de un modo extraño, su marido; en una palabra, el mariscal de Lamothe-Houdón.

— Pero mi hermano nunca ha pensado en torcer las inclinaciones de su mujer.

— Os engañáis, marquesa, la atormenta, la violenta y siembra en ella el germen de la impiedad. La pobre criatura ha recibido millares de lesiones. Creedme, marquesa, si no estamos al cuidado, concluirá con su existencia.

— Necesario es, monseñor, que seáis vos quien pronuncie esas palabras para que yo les dé crédito.

— Y preciso es también que sea él mismo quién las haya pronunciado para que yo las haya creído. En este instante salgo de su casa, y en medio de una conversación borrascosa en la que ha hecho su profesión de fe, he sorprendido su iniquidad; pero esto no ha sido más que el principio. ¿Sabéis cuál ha sido el término? Que el mariscal, después de algunos propósitos incalificables é incomprendibles en los labios de un hombre de bien, me ha manifestado formalmente; no puede creerse! que en lo sucesivo no dirigiría la conciencia de la princesa.

— ¡Gran Dios! exclamó la marquesa llegando al colmo del horror.

— ¿Esto os hace temblar, marquesa?

— Me llena de dolor, respondió la devota.

— Pues ved ahí una grata misión que llenar, querida marquesa. Se trata de arrancar un alma de un yugo injusto; se trata de salvar á cualquier precio, aun á precio de vos misma, una criatura que se encuentra afligida. He

contado con vos, mi querida penitente, y me atrevo á creer que no me he engañado.

— Monseñor, exclamó la marquesa dominada por la más ferviente exaltación; antes de breves momentos habré visto al mariscal, y confío en Dios en que antes de una hora le habré convencido á que ceda en sus exigencias y á que se ponga á vuestros pies arrepentido y humilde.

— No me habéis comprendido, marquesa, replicó el obispo con alguna impaciencia; no se trata del mariscal, y os suplico no le digáis una sola palabra de todo esto ni le hagáis la más ligera alusión. Yo no tengo necesidad de las excusas del mariscal; sé desde hace mucho tiempo lo que puede esperarse del orgullo humano; y parto, y en marchando, le perdono!

— ¡Es un santo! murmuró la marquesa con una voz conmovida y los ojos humedecidos.

— Lo que os pido, continuó monseñor Coletti, es que antes de mi partida tenga seguridad de que esa pobre alma se halla en buenas manos; en otros términos, os ruego, mi querida marquesa, que vayáis sin pérdida de tiempo á casa de la mariscal de Lamothe-Houdón, y que la hagáis admitir en mi lugar al respetable abate Bouquemont; y yo tendré el gusto de verle esta tarde y de darle mis instrucciones reservadas para este objeto.

— Antes de una hora, monseñor, dijo la marquesa, el abate Bouquemont será admitido como director espiritual de la princesa Rina, y os diría que antes de un cuarto de hora, á no ser porque en este mismo instante esperaba una visita del digno abate.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando una doncella entró en el gabinete y anunció la llegada del abate Bouquemont.

— Decid al señor abate que entre, dijo la marquesa con un acento de triunfo.

La doncella salió, y un momento después volvió á entrar seguida del abate Bouquemont.

En seguida se le puso al corriente de la situación, es decir, que monseñor partía, y que la mariscala de Lamothe-Houdón iba á encontrarse en lo sucesivo sin confesor.

El abate Bouquemont, que no se atrevía á imaginar que era el designado, llegó hasta el colmo su alegría cuando supo que era elegido como sucesor del obispo. ¡ Entrar de lleno en tan elevada familia y en un palacio tan opulento como el de Lamothe-Houdón ! ¡ Tener la dirección de la casa ! ¡ qué sueño tan grato ! jamás el digno abate se había atrevido á imaginar semejante felicidad, y le parecía que descendía del firmamento cuando se le anunció.

La marquesa de la Tournelle suplicó á los dos eclesiásticos la diesen permiso para retirarse á su tocador, y dejarles solos.

— Señor abate, dijo el obispo, os había prometido daros á la primera ocasión el medio de ilustraros según vuestros méritos ; la ocasión se presenta, el medio vos lo tenéis.

— Monseñor, exclamó el abate, creed en el eterno reconocimiento de vuestro más adicto servidor.

— De vuestra adhesión es precisamente de lo que tengo necesidad en estas circunstancias, señor abate, no para mí, sino para nuestra santa religión. Os coloco en mi lugar por árbitro de una religiosa, y me atrevo á asegurar que cuidaréis de ella como hubiese cuidado yo mismo.

Estas palabras, pronunciadas con cierta solemnidad, causaron alguna desconfianza en el ánimo del abate Bou-

quemont, ya tan desconfiado por instinto ; y miró al obispo de un modo que expresaba claramente esta idea.

— ¿ Dónde diablos me lleva ? andemos con cuidado.

El obispo, tan desconfiado por lo menos como al que se dirigía, adivinó sus sospechas, y para destruirlas le fueron suficientes muy pocas palabras.

— Sois un gran pecador, señor abate, le dijo, y al ofrecer un puesto glorioso, os doy un medio de borrar vuestros mayores pecados. La dirección de la conciencia de la señora de Lamothe-Houdón es para la religión una obra de las más útiles y de las de mayores resultados. Según lo que vos hagáis, así se hará también con vos. Dentro de tres días partiré. Para todo el mundo voy á la China ; para vos únicamente estaré en Roma. Á este punto me dirigiréis todas vuestras cartas, haciéndome relación municiosa de vuestro juicio sobre el estado del alma de la mariscala y sobre el estado de las cosas.

— Pero, monseñor, objetó el abate, ¿ cuál ha de ser mi sistema en cuanto al espíritu de la señora mariscala ? Yo no tengo el honor de conocerla más que de oídas, y me encontraré muy embarazado para dirigirla en el sentido que vos podáis desear.

— Señor abate, miradme frente á frente, dijo el obispo.

El abate levantó la cabeza, pero le costó mucho trabajo mirar al obispo de distinto modo que al soslayo.

— Que vos me seáis adicto ó no, señor abate, poco me importa, dijo severamente monseñor Coletti. Hace mucho tiempo que estoy familiarizado con la ingratitud humana. Lo que necesito, es que seáis para mí un adicto aparente. Lo que necesito, es que vos seáis el ejecutor de mis ideas, el instrumento de mis designios. ¿ Os sentís con valor, cualquiera que sea vuestro orgullo, aunque sé que es

grande, para obedecerme pasivamente? Advertid que vuestro interés os obliga á ello, y que vuestros pecados no pueden ser redimidos más que con esa condición.

El abate quiso responder, pero el obispo le detuvo.

— Reflexionad antes de contestar, le dijo; ved francamente á lo que os comprometéis, y no contestéis más que si os sentís con fuerzas para cumplir vuestra promesa.

— Donde vos me digáis que vaya, iré; como me digáis que me conduzca, me conduciré, contestó el abate con una voz segura y después de un momento de reflexión.

— Está bien, dijo el obispo levantándose. En saliendo de casa de la mariscala de Lamothe-Houdón, venid á la mía y os daré las instrucciones necesarias.

— Y yo juro llenarlas á vuestra satisfacción, monseñor, dijo el abate inclinándose.

En este momento la marquesa volvió á entrar, y después de saludar respetuosamente al obispo condujo al abate á la casa de la mariscala de Lamothe-Houdón.

## CAPÍTULO XXIV.

EN QUE SE VUELVE Á ENCONTRAR Á LA PRINCESA RINA  
DONDE SE LA HABÍA DEJADO.

Os acordaréis, y si no os acordáis, os suplicamos humildemente llaméis en vuestro auxilio á la memoria, queridos lectores, de la admirable circasiana tan vagamente descrita por nosotros y por lo tanto poco comprendida por vosotros, á quien hemos llamado la princesa Rina Tchouwadiesky,

mariscala de Lamothe-Houdón, y á quien hemos visto perezosamente recostada en una noche crepuscular sobre los blandos almohadones de su otomana, pasando la vida en un continuo ensueño, paladeando á la manera de los genios persas las conservas de rosas, ó á veces entretenida maquinalmente con los profundos granos de su tchotky.

En el azulado cielo de París, en que su marido, el mariscal de Lamothe-Houdon, era uno de los más brillantes planetas, la princesa Tchouwadiesky apenas había sido descubierta por la atrevida mirada de los parisienses como una estrella dulce, vaga, confusa y de color de violeta.

Largamente se había hablado de ella en el mundo elegante desde su llegada, pero lo mismo que se habla de los países fantásticos, de las willis, ó de las hadas, del ángel malo ó de los duendes.

Era necesario verla, pero en ninguna parte se la encontraba, en ningún lado se la veía; alguna que otra vez se la descubría de una manera confusa, y más bien podía decirse: en vez de verla, se la adivinaba.

Infinitos cuentos de los más extraños circulaban acerca de su persona y en cuanto á la causa de su retiro, pero cuentos desprovistos de toda razón y fundamento, cuentos engañosos, inventados á placer por los denigrantes y envidiosos charlatanes de los salones.

Pero el eco de tan malvadas murmuraciones no había podido atravesar los umbrales de los salones de la princesa, quien confiscada, ó mejor dicho, sepultada en su gabinete no traspasaba el umbral ni para respirar con más desahogo, ni para ver la luz del día.

Como nada había dicho ni ejecutado que pudiera ser advertido por los demás, tampoco podía creer ni sabia nada de cuanto los demás dijese de ella.